

EDITORIAL

Uno de los actos mas primigenios del ser humano, sino el primero, es dominar el espacio, el territorio; lo significamos, le asignamos una carga, a veces emocional, a veces funcional, pero siempre con significado; lo hemos cargado de signos, que son en definitiva la representación de nuestros temores, sueños, aspiraciones, utopías. El acto de significar el espacio diferencia, separa, distingue: esto es mío, nuestro, ajeno; lo sagrado y lo profano, lo privado y lo público, lo seguro y lo hostil.

Quizás, la necesidad de apropiarse del espacio, para poder sobrevivir, supuso la inevitable acción de intervenir el espacio. El acto de alterar el espacio natural, de crear un espacio humano y de ahí, construir el espacio significativo.

Si entendemos que este acto primigenio tiene que ver con mi espacio y mi existencia, podemos reconocer que estamos frente al maravilloso suceso de la generación de mi propio y único lugar sagrado, mi centro del mundo. Es el acto creador y la capacidad del ser humano de captar la realidad, de establecer un proceso analógico, y de crear algo nuevo a partir de lo existente. Es el hombre alterando una naturaleza previa, preexistente; es un ser humano convertido en demiurgo.

La historia de la humanidad es, en buena parte, la historia de la significación espacial y del dominio territorial. Y la literatura, primero mito, luego leyenda, después crónica y novela, nos devela como esa significación espacial y ese dominio territorial ha marcado nuestro mundo cotidiano, permitiéndonos la creación de dioses, héroes y sistemas sociales para vivir dentro de un “orden”. Es en la significación del espacio donde el hombre ha “comprendido” la razón de ser de su existencia. Primero en la irrupción de lo espantoso, lo fascinante, lo terrible, lo poderoso, lo extraordinario dentro del mundo cotidiano; en la aparición de algo radical y totalmente diferente a lo humano, cósmico o a las realidades naturales. Es la “Hierofanía” la manifestación de lo sagrado en un espacio antes profano, y por lo mismo, la aparición de un espacio sagrado, fuerte y significativo, espacio consagrado. Luego, en la construcción de sistemas ordenadores, racionales, pero igualmente significativos, donde el símbolo es la referencia a lo que debe ser. El espacio, aunque humano, sigue siendo sagrado.

La ruptura operada en la homogeneidad del espacio profano sólo puede ser lograda a través

de la creación del mundo; fundar el mundo a partir de un eje central de orientación, un punto fijo que ordena la creación. La consagración de un espacio dentro de lo homogéneo, permite de este modo, organizar el mundo a partir de un eje de orientación.

La elección del lugar manifiesta una intención al hacer aparecer lo extraordinario dentro de la homogeneidad del tiempo, haciendo que irrumpa un suceso. Este acontecimiento ajeno y diferente a todo lo cotidiano se transforma en signo de la voluntad de alguien. Se descubre algo que tiene valor y significado dentro de la múltiple diversidad carente de estas cualidades y se toma este descubrimiento como punto de partida para fundar el mundo.

La consagración del espacio se convierte de este modo en el primer acto necesario para empezar a crear el mundo.

La significación del espacio y el dominio territorial, hoy, tiene otros actores, pero sigue existiendo en tanto cuanto el ser humano sigue viviendo en un orden. Si antes fue el sacerdote, el mago, el chamán, el curandero, el iniciado, quien transmitía el sentido del espacio, luego fue el propio hombre el que asignó ese espacio. El dominio militar, la seguridad estratégica, la salubridad, el desarrollo económico, la conciencia social, preservación natural, calidad de vida, estatus social, en fin, múltiples motivos siguen haciendo del espacio territorial un lugar significado.

Para el ser humano, el de ayer y el de hoy, el espacio nunca es homogéneo, porque siempre presenta escisiones: hay espacios diferentes unos de otros, hay espacios que son más signi-

ficativos, porque en ese lugar, algo me pasó, algo especial viví. Hay, pues, un espacio sagrado y, por consiguiente, fuerte, significativo, y hay otros espacios no consagrados, sin estructura ni consistencia, espacios amorfos. Y entre uno y otro, la puerta. La misma que conecta la calle y nuestro mundo privado, la misma que se abre hacia el interior de la iglesia señalando una solución de continuidad. La misma que conecta los distintos mundos de la existencia humana. El umbral que separa los dos espacios indica al propio tiempo la distancia entre los dos modos de ser: profano y religioso, privado y público, íntimo y abierto. El umbral es a la vez el hito, la frontera, que distingue y opone dos mundos y el lugar paradójico donde dichos mundos se comunican, donde se puede efectuar el tránsito entre distintos mundos.

Hoy, cuando aparecen otros actores, que no son ni los dioses ni los hombres, en la creación de nuevos modelos de sociedad, nos podemos preguntar sobre la validez de la asignación espacial.

Cuando vemos que estamos viviendo una etapa donde lo intangible, lo aterritorial, lo desmaterializado, lo virtual, la deconstrucción, la descontextualización, pareciera que se impusieran sobre lo concreto y tangible, cuando vemos que hoy se habla de literatura efímera, de imagen virtual, de arte intangible, de realidades holográficas, vale hacerse la pregunta ¿seguirá el ser humano asignando sentido a lo que le da permanencia, seguirá cargando de signos los espacios y los territorios? TRILOGIA recoge, desde distintas miradas, la inquietud por la significación espacial en tiempos actuales. Miradas que desde diversos puntos de vista nos invitan a reconocer que

el ser humano sigue realizando ese acto primigenio fundante de la existencia del individuo y del grupo, el dominio del espacio territorial; la fundación permanente del mundo; dominio y comprensión, que son, como decíamos mas arriba, la representación de nuestros temores, sueños, aspiraciones, utopías.

Marcelo Rodríguez Meza

Doctor en Historia del Arte,
Universidad de Navarra
Académico Departamento de Diseño,
Universidad Tecnológica Metropolitana.
marcelo.rodriguez@utem.cl